

“NUESTRO ESTUDIO BÍBLICO PERSONAL”

(Parte I)

(Domingo 14 de agosto de 2005)

“Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39)

El 02 de diciembre de 1947, en un pequeño poblado llamado “El Limoncito” en el Estado de Jalisco, falleció un humilde creyente indígena llamado “El hermano Silverio”. Dos meses antes, durante las reuniones anuales de la Asociación Bautista de la región, había testificado de su fe en el Señor mediante el bautismo.

Al regresar a casa enfermó, y a pesar de su gravedad fue objeto de dura persecución. Los líderes agrarios del lugar fueron a verlo con amenazas de que si no dejaba su nueva religión cancelarían su derecho a la parcela que sembraba.

En presencia de la comitiva y de sus propios hijos, el hermano Silverio pidió a su esposa que le trajera la Biblia. Con el sagrado libro en la mano dijo: “Aquí está tu parcela, tu herencia y la de mis hijos. A nadie se la entregues. Léela mucho”. Con voz entrecortada pidió que cantaran su himno favorito. Les acompañó en cuatro palabras solamente y luego entregó el espíritu en la más dulce quietud.

Semejante aprecio por la Biblia, aunque no sea expresado siempre en forma tan dramática, es el sentimiento común de los hijos de Dios. Sabemos que ***“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17)***. Y en ocasiones hasta compartimos el sentir del Salmista y decimos: ***“¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca” (Salmo 119:103)***.

Pero, si somos honrados, tenemos que confesar que hay ocasiones también cuando leemos las Escrituras más bien por un sentido de deber que por el espontáneo deseo de hacerlo. Y aunque sabemos que nuestras lecturas bíblicas debieran traernos bendición, a veces cerramos el Libro con cierto sentido de decepción. Estamos convencidos de que “esto no debe ser así”, pero ¿Cómo lograr que nuestro estudio bíblico personal sea siempre fructífero?

1. Lea la Biblia en busca de alimento espiritual.

Para algunos, el Libro de Dios es simplemente una sarta de curiosidades. Se deleitan en hacer alarde de sus “conocimientos bíblicos”, pero éstos resultan ser de escaso provecho espiritual pues consisten en aprender algunos detalles mecánicos y sus datos curiosos. Por ejemplo, saben que la Biblia tiene 66 libros y el orden en que aparecen; que Marcos no fue uno de los doce apóstoles; que Dan y Beerseba no eran marido y mujer; que el capítulo más largo es el Salmo 119 y que el más corto es el 117.

Uno puede saber todo esto y mucho más pero sin que su vida diaria dé evidencias de una íntima comunión con Cristo.

Para otros, parece que la Biblia es un almacén de municiones. La leen con gruesos lentes de polemistas, buscando siempre con que combatir las opiniones ajenas. No cabe duda que la polémica tiene su lugar y que cada creyente debe saber defenderse de los estragos del error, pero no obstante, el propósito principal con que damos lectura a la Palabra de Dios debe ser el de buscar pan y no piedras.

Ahora bien, si vamos a obtener de la Biblia nuestro alimento espiritual, entonces **tenemos que leerla con regularidad.**

He oído decir que un perro puede sobrevivir sin comida por 20 días, una tortuga por 500 días y cierta especie de pez por 1000 días. ¡Pero no aspirare a ser cristiano tipo can, tortuga o pez!

Más bien, debemos recordar la práctica de Israel de recoger el maná cada día (Éxodo 16) y arreglar nuestro horario de tal manera que podamos seguir su ejemplo.

“Oh Jehová, de mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré” (Salmo 5:3). Sin duda, la mañana es nuestro mejor tiempo para nuestra cita diaria con Dios porque a esa hora nuestra mente está más despejada. El lugar, debe ser el sitio más tranquilo que podamos disponer. Pero sea donde sea, lo importante es que se establezca el hábito de tomar tiempo cada día para leer la Biblia y orar.

Pero, es posible leer la Biblia diariamente y no obtener mucho alimento espiritual. La mayoría de los cristianos son algo perezosos, y si no se toman las medidas adecuadas, su lectura tiende a degenerar en una simple rutina.

El remedio está en la práctica de **leer con propósito**, acercándonos a la porción escogida en busca de información específica. Hágase estas diez preguntas cada vez que lea un pasaje bíblico:

1. ¿Cuál es el tema general de este pasaje?
2. ¿Cuál es la lección principal que el pasaje enseña?
3. ¿Cuál es, para mí, el versículo más inspirador en este pasaje?
4. ¿Qué enseña este pasaje acerca de Dios?
5. ¿Encuentro en el pasaje algún ejemplo que debo seguir?
6. ¿Señala el pasaje algún pecado que yo debo confesar?
7. ¿Hallo en este pasaje algún error que debo evitar?
8. ¿Presenta el pasaje algún deber que necesito cumplir?
9. ¿Contiene el pasaje alguna promesa que debo reclamar?
10. ¿Consigna el pasaje alguna oración que debo hacer mía?

No quiero decir que en todo pasaje bíblico que leamos habremos de encontrar una respuesta para cada una de estas diez preguntas, pero el hecho de estar pendientes de hallar algo relacionado con todas ellas nos ayuda a mantenernos más alertas.

Además esta manera de leer tiene la grandísima ventaja que nos obliga a descubrir en la Biblia un mensaje personal. No podemos leer sin darnos cuenta de que Dios está hablando a nuestro propio corazón. Y esto nos mueve a obedecer, y cuando obedecemos, recibimos mayores manifestaciones de la gracia de Dios.

(Tomado del libro “Nuestro Estudio Bíblico Personal” de James Crane)